

OSCAR DEL BARCO Y LA BÚSQUEDA DE LA
EXPERIENCIA. DE PASADO Y PRESENTE.
REVISTA TRIMESTRAL DE IDEOLOGÍA Y
CULTURA A NOMBRES. REVISTA DE FILOSOFÍA¹
Oscar del Barco and the search for experience. *Past and Present.*
Quarterly Magazine of Ideology and Culture to Names. Journal of
philosophy

Ignacio Barbeito
Universidad Nacional de Córdoba (UNC)/ IDACOR
altbaden@hotmail.com

Resumen: La reflexión histórico-filosófica de Oscar del Barco anuda un conjunto de problematizaciones que se articulan en torno a una cierta noción de “experiencia”. Durante los años sesentas y hasta la mitad de los setentas, esa noción de experiencia contribuye a tensionar la inscripción ideológica de Oscar del Barco en el horizonte del marxismo y sus preferencias estéticas por la crítica desarrollada desde la revista *Tel Quel*. Ya en el exilio, Del Barco practica una serie de operaciones de desplazamiento respecto del marxismo y los vocabularios de izquierda, asumiendo que la derrota de las propuestas de emancipación colectiva es total: se trata del triunfo de la barbarie considerada como “Sistema”. En consecuencia, la noción de “experiencia” profundiza resonancias posthumanistas, disociándose de las filosofías de la conciencia que en el periodo anterior impregnaban el entendimiento de la política revolucionaria y servían de marco conceptual para la crítica del estructuralismo. En los años venideros y hasta la actualidad, una mirada apocalíptica sobre el porvenir de la humanidad se combina con el señalamiento de los modos de existencia económicamente inapresables que provocan la tematización de una “ética de la defecación”.

Palabras clave: **Oscar del Barco/ experiencia /marxismo**

Abstract: The historical-philosophical reflection of Oscar del Barco unites a set of questions that are articulated around a certain notion of “experience”. During the sixties and until the middle of the seventies, this notion of experience contributes to complicate the ideological inscription of Oscar del Barco within the realm of Marxism and its aesthetic preferences for the criticism developed in the magazine *Tel Quel*. Already in exile, Del Barco practiced a series of displacement operations with respect to Marxism and the

1. Este trabajo recupera y reproduce pasajes de una Tesis defendida en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, en marzo de 2016.

vocabulary of the Left, assuming that the defeat of the collective emancipation proposals is complete: it is about the triumph of the barbarian, considered as “The System”. Consequently, the notion of “experience” deepens post humanist resonances, dissociating itself from the philosophies of consciousness which in the previous period impregnated the understanding of revolutionary politics, and served as a conceptual framework for the critique of structuralism. In the coming years and up to the present, an apocalyptic look of the future of humanity is combined with the pointing out of the economically unholdable modes of existence that provoke the beginning of an “ethics of defection”.

Key words: **Oscar del Barco/ experience / marxism**

1. La obra de Oscar del Barco y la problemática de la experiencia

Desde comienzos de los años sesenta y a través de un amplio conjunto de textos que incluye artículos, libros y otros tipos de intervenciones escritas, Oscar del Barco ha desarrollado una reflexión filosófica, ética y política cuya originalidad, importancia y significación cultural apenas se ha comenzado a ponderar. A la lectura de los ensayos de su autoría, repartidos a lo largo de casi seis décadas, es preciso añadir la consideración de traducciones, colecciones y proyectos editoriales que lo han tenido como responsable. Mencionemos, al pasar, la colaboración directa en la dirección de la revista *Pasado y Presente*, retratada a menudo como la piedra basal de la difusión del gramscismo en Argentina y América Latina; la traducción al castellano de *De la grammatologie* de Jacques Derrida (en colaboración con Conrado Ceretti), así como textos de Sade, Bataille y Althusser, entre muchos otros autores franceses; la dirección de la colección “El hombre y su mundo” de la Editorial Caldén que, bajo el patrocinio del editor José Luis Mangieri, publicó más de veinte títulos relativos a diversas expresiones heterodoxas del marxismo así como estudios en el campo de la fenomenología y de la por entonces innovadora estética *telquelista*² y, ya alcanzando el presente, la dirección de la revista de filosofía *Nombres*, publicación que constituye un verdadero hito en el campo de las publicaciones filosóficas argentinas y latinoamericanas, dada su calidad y sus numerosos años de trayectoria.

El conjunto que así se presenta podría parecer ensamblado arbitrariamente si no fuera por el endeble recurso a un nombre que, consideradas las ventajas del régimen de la propiedad intelectual, se convierte en la marca

2. En referencia a la revista francesa de crítica literaria *Tel Quel* (1960-1983), presidida por Philippe Sollers y entre cuyos colaboradores estuvieron Georges Bataille, Jacques Derrida, Michel Foucault, Roland Barthes, Tzvetan Todorov, Julia Kristeva y Gérard Genette. Para una investigación exhaustiva sobre esta célebre e influyente publicación, P. Ffrench, *The Time of Theory. A History of Tel Quel (1960-1983)*, Oxford, Clarendon Press, 1995.

que permite anudar el discurso a una conciencia singular, como si ésta fuera soberana sobre lo que dice y piensa. Aunque no nos propongamos eludir las determinaciones que ejercen los principios del autor y de la obra a la hora de recortar un objeto de interpretación filosófica –presupuestos abundantemente cuestionados en numerosos artículos de Del Barco–, es posible, sin embargo, aproximarse a estos textos procurando ceñir algunos motivos dominantes. De entre estos motivos nos parece que una cierta problemática elaborada en torno a la noción de *experiencia* dota a los escritos de Del Barco de un potencial crítico y una proyección ético-política que los hacen merecedores de mayor análisis y discusión que los que han merecido hasta ahora, aun recordando el intenso debate desatado tras la publicación de la carta del *No matarás*.

A pesar de que esta noción de experiencia no es el resultado de una elaboración sistemática y reconoce diversas fuentes de inspiración, sin embargo es frecuentemente empleada por Del Barco para designar tanto una dinámica colectiva que erosiona los cimientos del orden social burgués como una condición por momentos *nihilizante* del intelecto y del deseo. En este último caso, la noción de experiencia se asocia frecuentemente con un pacifismo fatalista que recomienda un “compromiso negativo” con las organizaciones e instituciones sociales: estar en ellas –mientras no quede otro remedio– sin colaborar o colaborando lo menos posible en su reproducción.

En este trabajo me propongo reconstruir algunos aspectos, a mi juicio fundamentales, del itinerario de la noción de experiencia en los textos de Del Barco, partiendo de sus primeros textos y revisando algunos más recientes. Teniendo en cuenta que entre artículos, prólogos, cartillas, libros y otro tipo de textos firmados por Del Barco contabilizamos más de ciento cincuenta publicaciones, mi aproximación no podrá ser aquí más que general y tentativa. Aun así espero aportar elementos adicionales de interpretación a los que ya se han venido ofreciendo en algunos trabajos académicos, ensayísticos y periodísticos dedicados a analizar distintas secciones o episodios de una de las obras de impronta filosófica más originales de la Argentina de las últimas décadas.

2. El cielo por asalto

Distintos estudios relativos al surgimiento en Argentina de la llamada “nueva izquierda” durante los años sesenta, vinculan a Oscar del Barco con la difusión del marxismo y la obra de Antonio Gramsci, fundamentalmente a través de la revista *Pasado y Presente* y, más tarde, mediante la edición de los *Cuadernos de Pasado y Presente*. Entre el Golpe de Estado de 1955 y el de 1966, estas iniciativas acompañan el momento histórico de emergencia y consolidación de un espacio discursivo en el que “la política se tornaba en

la región dadora de sentido de las diversas prácticas, incluida por cierto la teórica”.³ Espacio imbricado sobre el ciclo hoy reconocible de una temporalidad epocal a escala mundial y en el cual la politización (especialmente de los intelectuales y de los estudiantes) y el acrecentamiento violento de las expectativas revolucionarias se destacan como notas dominantes. Pero también, y de manera más determinante, espacio discursivo jalonado por el acontecimiento de la Revolución cubana, que inaugura para toda Latinoamérica la “época de los sesenta/setenta”.⁴

La aparición de *Pasado y Presente* en 1963 constituye un hito fundacional en la identidad del grupo de los denominados “gramscianos argentinos”. La editorial del primer número, firmada por José Aricó, es un documento que hace públicas las diferencias con la conducción del Partido Comunista Argentino y sus directrices ideológicas de cuño marxista-leninista. Esas diferencias, sin embargo, se habían anunciado unos meses antes, en el primer artículo publicado de Oscar del Barco en la revista cultural del Partido: “Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la objetividad”. Siguiendo las notas de Gramsci reunidas en *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Del Barco criticaba el emplazamiento del problema de la objetividad en un plano metafísico y afirmaba la imposibilidad de conquistar la objetividad de una vez y para siempre. Así como se rechazaba el materialismo igual suerte corría el idealismo, en la medida en que ambos eran concebidos como productos meramente especulativos. En contrapartida, Del Barco reafirmaba la respuesta gramsciana: “Lo objetivo es siempre lo ‘humanamente objetivo’ o dicho de otra manera lo ‘históricamente subjetivo’ (lo cual equivale a lo ‘universalmente subjetivo’)”.⁵ En este sentido, y a partir de lugar central acordado al concepto de praxis, la actividad del hombre era concebida como fuente de la objetividad. Se expresaba en ello “la convicción de que las injusticias acumuladas en la historia pueden ser borradas por el esfuerzo consciente de la voluntad humana organizada”.⁶

En consonancia con ese afán revisionista y polémico, los artículos de Del Barco en *Pasado y Presente* circunscribirán con carácter programático el ámbito propio de un “marxismo crítico” a partir del señalamiento y la puesta en cuestión de las concepciones filosóficas y metodológicas que lo amenazan. En esa forma de proceder por diferenciación, distanciamiento y confrontación tal “marxismo crítico” se confiesa, sin embargo, un “marxismo abierto”. El marxismo crítico, a juicio de Del Barco, debía comportar una

3. O. Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1993, p. 12.

4. C. Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 37-39.

5. O. del Barco, “Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la objetividad” en: *Cuadernos de Cultura*, Buenos Aires, N° 59, p. 36, 1962.

6. O. Terán, ed. cit., p. 97.

apertura a corrientes de pensamiento en principio ajenas al marxismo, pero que resultasen funcionales a su actualización y potenciación.

Es en este primer periodo en el que cabe situar la génesis de esa noción de experiencia cara a la problematización barquiiana, sobre todo si nos remitimos a un artículo de 1964, publicado en 1970 como Introducción al libro *Fenomenología y Praxis* de Jean T. Desanti y bajo el título: “El fundamento de la historia en la Fenomenología de Husserl”. Si bien una parte de lo que encontramos allí corresponde a una superposición interpretativa sobre los postulados de Husserl, primero el Husserl de las *Meditaciones cartesianas* y luego el de la *Crisis de las Ciencias europeas*, la misma comporta un énfasis sobre la “teoría trascendental de la *experiencia del mundo y de los otros*”⁷ que da a Del Barco un punto de apoyo para criticar la “limitación egológica” del planteo husserliano. Esa limitación se expresa de dos formas características: primero como dificultad o imposibilidad de abordar y comprender la experiencia subjetiva como experiencia histórica⁸ y, segundo, como reducción de las contradicciones y problemas a un “plano meramente teórico”.⁹ En contraposición, Del Barco propondrá en los mismos términos en que venía haciéndolo en las páginas de *Pasado y Presente* la remisión de la problemática especulativa a la historia poniendo en el centro de las consideraciones la “praxis concreta del hombre concreto”.

Pero la génesis del concepto de experiencia comporta, además, una segunda fuente no emparentada directamente con la filosofía de la praxis, a no ser en lo que ambas tengan de *romántico*, de oposición a la civilización burguesa y a la racionalidad capitalista. Una fuente o conjunto de fuentes respecto de las cuales Del Barco ha manifestado que remitían a una “vida oculta” que él llevaba en estos años y que algunos investigadores, a la hora de analizar la orientación ideológica de *Pasado y Presente*, han preferido pasar por alto, tratar como una excentricidad *a priori* coherente con la propuesta de un “marxismo abierto” o considerar como el producto de intereses alternativos a los dominantes. En el periodo al que nos estamos refiriendo, la producción escrita de Del Barco comprende, además de aquellos trabajos que puedan ser considerados como contribuciones a la problemática marxista, artículos de crítica literaria, prólogos y traducciones que en muchos casos hacen propios los criterios estéticos esgrimidos desde las páginas de la revista francesa *Tel quel*, en auge por aquellos años, poniendo de manifiesto, como el surrealismo, un deseo vehemente de destrucción de la sociedad burguesa para devolver a la vida humana un mundo encantado. Como para

7. O. del Barco, “El fundamento de la historia en la fenomenología de Husserl en: Jean T. Desanti, *Fenomenología y Praxis*, Buenos Aires, Caldén, 1970, p. 11.

8. *Ibid.*, p. 29.

9. *Ibid.*, p. 24.

los surrealistas, cuatro décadas después del ingreso de aquellos al Partido Comunista, Del Barco apostaba por la actualidad de esas dos consignas que según Breton eran una sola: “Transformar el mundo” (Marx); “cambiar la vida” (Rimbaud).

Tales afinidades inspiran la escritura de *Memoria de aventura metafísica* (1968), un conjunto de relatos que implícitamente suponen una defensa de la tesis de la autonomía de la literatura o, mejor aún, de una concepción de la literatura centrada en los fenómenos de auto-referencialidad del lenguaje. Ciertamente las concepciones estéticas de las que Del Barco se muestra partidario no dejan de enunciar su carácter esencialmente anti-burgués (se trate de Sade, Bataille o Artaud; se trate, en otro registro, de Brecht, Grosz o Piscator¹⁰, algunos de cuyos ensayos fueron reunidos en un pequeño volumen publicado en la colección “El hombre y su mundo”). Sin embargo, no parecen suficientes para evitar la acusación contraria, la de “extranjerizantes” incluso, si se pondera la clase de anti-intelectualismo preponderante por aquellos años. Baste recordar a Rodolfo Walsh señalando el carácter profundamente burgués de la literatura argentina.¹¹ Por eso Del Barco advertirá que autonomía no significa evasión, adelantando que todo proceso verdaderamente revolucionario se desarrolla simultáneamente en múltiples ámbitos y niveles, no debiendo por ello pretenderse que se desenvuelva según los dictados de un principio monárquico.

Esta posición quedará claramente plasmada en un artículo redactado a raíz de la polémica por el encarcelamiento en Cuba del poeta Heberto Padilla, acusado de criticar a la Revolución. En ese texto, Del Barco responde al Editorial de la revista *Los libros* en el que se expresaba la adhesión al régimen cubano, juzgando que los dirigentes revolucionarios se equivocan groseramente cuando dirigen su atención sobre los contenidos de la representación artística, como si en éstos se jugara una parte simbólicamente relevante del destino de la revolución.¹² Del Barco no reconoce ninguna eficacia política al hecho de sustituir un contenido representacional por otro. No se socava la institución burguesa del arte, dice, reemplazando escenas y conflictos propios de la vida burguesa por otras que retraten las labores y padecimientos de los campesinos en la zafra o los actos que invisten de heroísmo a una formación guerrillera. No se puede revolucionar el arte, sugiere Del Barco, imprimiéndole directivas desde el exterior de las mis-

10. B. Brecht, E. Piscator, G. Grosz, *Arte y sociedad*, Buenos Aires, Ediciones Caldén, 1968.

11. R. Walsh, “Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política” en: *Un oscuro día de justicia*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2006.

12. La revista *Pensamiento de los confines* publicó el Editorial de *Los libros* y varios de los textos que formaron parte de la polémica, aunque no se incluyó el de Del Barco. Ver *Pensamiento de los confines*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, N° 17, diciembre de 2005.

mas prácticas artísticas. Entre el arte –incluida la literatura– y la política, entre las diferentes prácticas que constituyen el entramado social, es imprescindible reconocer la tierra ignota de sus mediaciones. Cuando el dirigente revolucionario se arroga la facultad de definir qué es y qué no es literatura revolucionaria, afirma Del Barco, excede el marco de aplicación de sus competencias, asumiendo el lugar a partir del cual el “sistema” asegura su cohesión estructuradora, es decir, el lugar del centro dador de sentido. Las fuerzas verdaderamente revolucionarias, en cambio, practican, el “travestismo ontológico”¹³, desencajándose de todo aquello capaz de fijar, clasificar y ordenar. En este sentido, no pueden ser representadas, ya que eluden cualquier *corset* categorial. Cargándola de un valor positivo, Del Barco define a la revolución negativamente. La revolución no es ni una “propuesta milenarista” ni una “promesa teleológica”¹⁴, es una *experiencia* irrepresentable:

No se trata de negar conservando (superar), sino de arrancar de cuajo. El concepto dialéctico de *superación* debe ser revisado: la negación forma parte de la afirmación, pero la negación no es lo nuevo positivo; en otros términos: el proletariado (-) forma parte del sistema capitalista (+), pero el triunfo del proletariado no es la transformación de lo negativo en positivo conservando o sublimando lo que antes era positivo, sino que el triunfo del proletariado es la muerte del capitalismo y del proletariado, del más y del menos: lo Nuevo. Se trata de otra cosa. Pero esa cosa es, hoy por hoy, *innombrable*. (No es un concepto, sino una experiencia, y la experiencia es innombrable).¹⁵

Estos dos registros de la producción barquiana, el de las contribuciones a la problemática marxista y el de las contribuciones a una problemática estética dudosamente funcional a una estrategia política, no se oponen necesariamente pero revelan una tensión que, a veces, se inclina a la contradicción, especialmente cuando hay que hacer frente al anti-humanismo, al anti-historicismo y al cientificismo programáticos de las vanguardias francesas.

3. De la revolución al parasitismo

Forzado al exilio, la segunda mitad de los setentas encontrará a Del Barco en México, asimilando el impacto de un desplazamiento geográfico

13. O. del Barco, “El enigma-Sade” en: Donatien A. F. de Sade, *Ernestina*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor, 1974, p. 42. Con algunas modificaciones, este artículo fue incluido como capítulo de *La intemperie sin fin*.

14. *Ibíd.*, p. 26.

15. *Ibíd.*, p. 30.

y cultural que obligó a reformular no pocos de los presupuestos que hasta entonces había defendido de manera vehemente.¹⁶ Si bien encontrará la posibilidad de una inserción institucional en el sistema universitario de aquel país a través de la enseñanza, investigación y difusión del pensamiento marxista, se harán cada vez más patentes las influencias recibidas de pensadores y escritores ajenos a esa tradición, en particular de Martin Heidegger. Baste mencionar que ese “otro Marx” al que Del Barco otorgará relieve en el exilio está directamente vinculado a un abandono del marxismo y a una preferencia por lenguajes poéticos y filosóficos capaces de absorber el impacto de la derrota de los movimientos y energías revolucionarias de los sesentas-setentas.

Por otra parte, las diferencias de Del Barco con los intelectuales nucleados hacia 1979 en la revista *Controversia* –sea en sus variantes socialistas, como Aricó y Portantiero, o nacional-populares, como Casullo y Argumedo– se profundizarán al renegar aquel del reformismo democrático con el que estos se comprometían¹⁷. En una carta publicada en el número 9-10 de *Controversia*, Del Barco denuncia el autoritarismo sanguinario de la izquierda, aseverando que “(los intelectuales) *somos profundamente déspotas (y) vivimos de la falta real de democracia. Dicho de otra manera: si hubiera democracia perderíamos todo, o casi todo. Por eso el pueblo desconfía de nosotros*”.¹⁸ Al concluir, Del Barco caracteriza el quehacer de los intelectuales contraponiéndolo a otras formas de existencia social. La postal presentada por Del Barco aún no parece haber envejecido:

(...) por una parte nos veo a nosotros, los llamados intelectuales de izquierda, metidos cada vez más en el bajo mundo de la burguesía, ansiosos por ser reconocidos en las ‘comunidades’ de sabios e investigadores burgueses, para así satisfacer nuestro inveterado narcisismo y la materialidad de nuestras aspiraciones, convertidos en investigadores de historia, sociología o lo que sea (¿para qué mierda sirven las investigaciones, me querés decir –se dirige a Jorge Tula, por entonces director de *Controversia*–, si no es para cambiar un poco la vida taurológica de los investigadores?); y por otra parte veo “el desierto que crece”, no sólo obreros y campesinos paupérrimos, sino locos, drogadictos, putos, hippies, alcohólicos, todos hundidos en sus ‘territorios desfondados’ sin importarles nada la teoría, ni la marxista ni ningu-

16. O. del Barco, “En ese tiempo lejano del cual ustedes me preguntan...” en: *El ojo mocho*, N°15, Buenos Aires, pp. 15-16.

17. Por eso se extralimita Daniel Campione al incluir a Del Barco entre los mentores ideológicos de Alfonsín. Ver D. Campione, *Para leer a Gramsci*, Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2007, p. 35.

18. O. del Barco, “Desde el fragor del mundo” en: *Controversia*, México, N° 9-10, diciembre de 1980, p. 37.

na, ni la ciencia ni el arte, viviendo realmente en otro mundo que no puede dejar de intranquilizarnos.¹⁹

Ya no se concebía posible cambiar el mundo, pero se rechazaba por igual tanto la opción por el viejo y despreciado Logos —en la que incurrirían algunos de sus posmodernos enemigos, como Kristeva y otros telquelistas²⁰— como, parafraseando a Perry Anderson, ponerse los galones de gobierno una vez perdida la batalla de las ideas.

La nueva orientación estaba ya marcada en el “Prólogo” de *Esencia y apariencia en El Capital* (1977). Se trataba de lanzarse a la intemperie: “Nuestro grupo —escribió Del Barco refiriéndose a sus compañeros en la Universidad Autónoma de Puebla— cortó amarras con el dogmatismo del Saber, con el asfixiante narcisismo de quienes, por ser los dueños del Sentido, no se equivocan nunca”.²¹ Contra los metodólogos y renunciando al cobijo de los “marcos teóricos” mostraba el entusiasmo de escarbar “en los basurales con los ojos casi siempre exaltados, como verdaderos pepenadores”.

En el exilio, la noción de experiencia se verá despojada progresivamente de sus connotaciones colectivistas y tendrá como telón de fondo no el de una revolución en curso sino el de un apocalipsis que corona el fin de la historia. A partir de entonces, Del Barco acentuará la importancia concedida al *Sistema* como matriz indestructible de dominación planetaria. No gozarán de crédito ya las luchas políticas organizadas ni se valorará a la política como instrumento de transformación de la realidad. Del Barco asumirá que la “barbarie”, la misma del *dictum* “socialismo o barbarie”, ha vencido y que el dominio del Sistema es total. Se trata, nos dice hoy, “de algo posiblemente indefinible, de algo que carece de esencia y se encuentra en un movimiento constante de transformación y dispersión o universalización”, revalidando así anteriores precisiones:

Lo que lisa y llanamente llamo *Sistema* es la suma imaginaria “total” de nosotros mismos (...) No se trata ya del sistema capitalista

19. *Ibíd.*, p. 38.

20. ¿Hay que sorprenderse con la brutal declaración de Julia Kristeva en 1983?: “Cuando la revolución marxista latinoamericana está a la puerta de los Estados Unidos me siento más cerca de la verdad y la libertad cuando trabajo en el espacio de ese gigante impugnado que tal vez está a punto de convertirse en un David frente al Goliat creciente del Tercer Mundo. Sueño con que nuestros hijos vayan más bien a unirse con ese David, sus errores y callejones sin salida, armados con nuestras divagaciones ligados a la idea, al Logos, a la Forma: en suma, a la vieja Europa”. Cit. en E. Roudinesco, *La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia*, Madrid, Fundamentos, p. 149.

21. O. del Barco, *Esencia y apariencia en El Capital*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1977, p. 7.

sino de algo que va más allá del capitalismo, de algo posiblemente indefinible, de algo que carece de esencia y se encuentra en un movimiento constante de transformación y dispersión o universalización. Al no tener esencia puede *hacer lo que quiera*, pero sin quererlo, ya que, repito, no existe en él ningún lugar dador de sentido, ya sea que pensemos en una mente o en una suerte de autoconciencia que planifique y decida sobre él mismo en totalidad (...) El *Sistema* entendido como una (*casi*) totalidad económico-social y cultural, o como modo de producción basado en la propiedad privada, no puede ser revolucionado *in toto*, salvo en la imaginación o en la “teoría” de intelectuales y de minúsculos grupos de “izquierda”, ya sean leninistas, trotskistas, maoístas, guevaristas.²²

A diferencia de aquellas interpretaciones que se niegan a dar crédito a la hipótesis de una relación no mediada con el mundo²³, Del Barco sostiene, como referente de primer orden de su idea de experiencia, la concepción de formas de vida no escindidas:

Antes –y hay que entender, antes de la soberanía del Sistema– las sociedades carecían de esos órdenes fijos y existían des-limitadas, indiferenciadas; fue la destrucción de *esa* homogeneidad, sobre la base de una nueva idealidad-material que en su sentido más amplio podemos denominar *excedente*, la que produjo el estallido de lo social y simultáneamente una re-estructuración de las fuerzas.²⁴

Siguiendo a Nietzsche, Del Barco atribuye esa plenitud sin representación, sin mediación sistémica, a la tragedia griega, “‘coro sublime de sátiros que bailan y cantan’ sin *imitar* y sin *representar* nada (...) En esta falta de separación entre el acto y el sentido del acto está el efecto más profundo de lo dionisiaco (...)”. Para Del Barco, esa plenitud puede ser y es revivida por algunas prácticas sociales y artísticas contemporáneas. Así sucede con el “teatro de la crueldad”, en el que tiene lugar el despliegue del universo

22. O. del Barco, *Notas sobre la política*, Buenos Aires, Fundación Centro Psicoanalítico Argentino, 2012, p. 5.

23. Como es el caso de Corinne Enaudeau, seguidora en esto de Derrida, que afirma: “Nuestra pertenencia a la representación es inmemorial, sea cual fuere la lengua en que se diga: en latín, *repraesentatio*; en alemán, *Vorstellung*, o incluso en griego, *eídos*”. Y sentencia: “la representación es originaria, no tiene antes ni afuera. No hay una verdad a salvar que se haya olvidado, no hay un comienzo que gobierne el juego de la reproducción, que abra la serie de los representantes (...) Porque el mundo no tiene otra presencia que el cuadro que se erige de él, representación en la cual por principio de divide y delega. Todo comienza con los sustitutos, es decir, no comienza. Lo único auténtico es el sucedáneo, imagen o palabra”. C. Enaudeau, *La paradoja de la representación*, Buenos Aires, Paidós, 1999, pp. 28, 32.

24. O. del Barco, *El abandono de las palabras*, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, 1994, p. 34.

dionisiaco, de la *fiesta*, sin los condicionamientos representacionales de la teatralidad clásica. De esta manera, *teatro de la crueldad*, *texto*, *experiencia interior* y *eterno retorno* son algunos de los conceptos en torno a los cuales Del Barco va circunscribiendo su idea de “experiencia”, por oposición a la conceptualización de “Sistema”, pero también a la del hombre como raíz. Es el “estado místico dionisiaco” considerado en tanto *experiencia* lo que escapa al Sistema: “En esta transmutación efectiva del *yo* el hombre deja de ser la raíz de las cosas convirtiéndose en un no-hombre en cuanto momento de la vida del todo”.²⁵

Si bien ha de admitirse que la posibilidad de la experiencia se sitúa en un límite en el que cesan las constricciones de las legalidades que condicionan la naturaleza y la vida social, la experiencia no desemboca en ninguna forma de *vita activa* y menos aún en un impulso de autodeterminación subjetiva: el sujeto se “abandona” a la experiencia y en ese “abandono” se pierde para sí y para los otros. Estas características muestran la inconmensurabilidad de la experiencia así entendida respecto de cualquier proyecto de acción colectiva. Bataille veía como una enfermedad de la experiencia interior el intento de convertirla en un plan de acción.²⁶ Además, de la experiencia está excluido el sujeto y en modo alguno este puede apropiársela en forma de conocimiento.

De aquí también que a través de los escritos de Del Barco pueda apreciarse constantemente la insistencia en la preponderancia de la palabra poética respecto de cualquier *discurso*. Para Del Barco, la palabra poética es una herida, un tajo en el discurso, un balbuceo ininteligible y sedicioso para toda estructura representativa. La palabra poética abre el acceso a “lo desconocido” pero no para volverlo un objeto de conocimiento para el sujeto sino haciéndolo persistir en su *rareza*.

4. Vivir en el peligro del nihilismo realizado

La trayectoria recorrida por Del Barco desde los tempranos artículos en *Pasado y Presente* hasta los últimos ensayos en *Nombres* no es lineal: es tensa, contradictoria, prolífica. No se encuentra en ella vocación sistemática; al contrario, hay siempre un gesto iconoclasta presto a incomodar y rebatir. Pero hay que decir también que del convencido historicismo marxista de los sesentas lanzando contra la especulación filosófica a la más reciente caracterización tan elogiosa como inactual del pensamiento filosófico como

25. *Ibid.*, p. 362.

26. M. Jay, *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*, Buenos Aires, Paidós, 2009, p. 430.

“una suma de pensamientos a-históricos y a-sistemáticos”²⁷ hay mucho más que simple provocación. Del Barco asegura que hay “una búsqueda que carece de fin”.²⁸

Parafraseando lo que Éric Marty dice de Roland Barthes, puede afirmarse que para Del Barco no fue indiferente ser un moderno. Y lo fue, por qué no, de la misma manera que para Barthes, es decir, en dos modos de ser que no necesariamente son congruentes. Ser moderno, en un primer sentido, significó para Del Barco ser *actual*, hablar y discutir con sus contemporáneos, compartir con ellos la inquietud del presente a través de una empresa colectiva. “Ser moderno –escribe Marty– es dejar de estar solo, es estar en la historia, y en el mejor y más justo de los lugares”.²⁹ Pero significó, además, situarse frente a lo disponible, apropiarse de textos, palabras y doctrinas, redistribuir las piezas a partir de una perspectiva previa y elaborar una perspectiva propia, aun al precio de la soledad.

Arrasadas las expectativas revolucionarias, las alternativas existentes frente a un proceso mundial de creciente cosificación fueron sugeridas al comienzo de *La intemperie sin fin* (1985). Para Del Barco la situación no dejaba lugar a dudas: había que adentrarse en el gran Oeste sin moverse de sitio, abandonarlo todo y no transportar nada para sobrevivir en la Siberia interior. La inclinación por una verdadera “política del no-hacer” mostraba que Del Barco estaba cerca del budismo, la única religión atea, en el decir de Kojève. Ahora, escribió, hay que “vivir y pensar sin fundamentos filosóficos o religiosos de ninguna especie. Estar en el suspenso y en la expectativa de la nada. Esta es nuestra edad. Vivimos y pensamos en el peligro del nihilismo realizado”.³⁰

En un ensayo de 1972, Jürgen Habermas explicaba cómo Benjamin se había sublevado contra el legado de la filosofía kantiana de la experiencia, una experiencia, la de los objetos físicos, casi desprovista de significado, y que orientó el análisis de las condiciones de la experiencia posible. Frente a esa experiencia mutilada, Benjamin bregaba por la restitución de una experiencia indivisa, continua, defendiendo “las formas de experiencia, más complejas, de los pueblos primitivos y de los dementes, de los visionarios y de los artistas”.³¹ Se trata de las mismas experiencias que han fascinado

27. O. del Barco, *Exceso y donación. La búsqueda del dios sin dios*, Buenos Aires, Biblioteca Internacional Martin Heidegger, p. 11.

28. *Ibid.*, p. 9.

29. E. Marty, *Roland Barthes, el oficio de escribir*, Buenos Aires, Manantial, 2007, p. 123.

30. O. del Barco, “Comentarios al artículo *Las ambigüedades de la liberación en la filosofía de Nietzsche*, de Giuliano Campioni” en: *Nombres. Revista de Filosofía*, Córdoba, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, N° 19, abril de 2005, p. 112.

31. J. Habermas, *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus, 2000, p. 314.

a Oscar del Barco a lo largo de los años y que son referencia permanente de sus escritos. “Es posible –le decía Del Barco a un entrevistador– que ya estemos en la barbarie del capitalismo realizado, de la que ni siquiera un dios, como anhelaba Heidegger, podrá salvarnos, y tendremos que acostumbrarnos a vivir en los intersticios, como piojos”. En esos intersticios resisten para Del Barco tales formas complejas de la experiencia, la de los locos, los místicos, los drogados, los débiles, los indigentes, los lentos, los arrasados. En esas formas de experiencia se anuncia, para del Barco, una “ética” –no una *filosofía moral*– indistinguible de una “manera de vivir”. Es en esas existencias “desperdiciadas” e inútiles donde se anuncia una ética de la defección: dejar, abandonar, desertar, huir, pero también esperar, escuchar, vagabundear, y si no fuesen palabras asociadas a prácticas institucionalizadas, leer, escribir, pintar. Porque lo que el decir de Del Barco *señala* es intratable para un lenguaje convertido en instrumento. Por eso, cada tanto, Del Barco *sacude* las palabras y hace todo lo posible para correrse del medio y dejar que dios venga al lenguaje.

